tianos, las calles de las ciudades estaban cubiertas de cadáveres, á que ya no se daba sepultura; el hambre hacia perecer á los pobres, y la peste se llevaba á los que por sus riquezas estaban á cubierto de la hambre. En el seno de aquel luto general, solo los cristianos manifestaron humanidad, y su ardiente caridad atendió sobre todo á secorrer á los que les habian hecho mas daño. Veíaselos diariamente ocupados unos en enterrar aquel infinito número de muertos, abandonados á la voracidad de los perros errantes, otros en reunir á los pobres de la ciudad y en distribuirles alimentos.

Muchos se han complacido en acusar de exagoracion estas siniestras pinturas; pero las relaciones de los historiadores contemporáneos, cualquiera que sea la religion á que pertenezcan, están demasiado unánimes para dejar la menor duda sobre la realidad de aquella espantosa perso-

En fin, con la esperanza de hacer resaltar mejor su impostura, otros han representado á Diocleciano como á un filósofo que abandonó sin pesar las pompas del trono y las seducciones del poder, por las dulzuras de la soledad y del reposo. Nosotros hemos dicho cuál era en los jardines de Salone el secreto de los últimos pensamientos del perseguidor de los cristianos!

Nosotros veremos muy pronto el término de su existencia!!



CAPITULO XVI.

and in the second of the property of the prope

The second contract on the property and the second contract of the s

Constancio reclama à su hijo Constantino, que se halla en poder de Galerio.—Asechanzas contra éste.—Constantino proclamado por el ejército Augusto à la muerte de su padre.—Galerio nombra à Severo y obliga à Constantino à contentarse con ser Cesar.—Magencio toma la púrpura en Roma.—Maximiano sale de su retiro y se proclama Augusto.—Severo, abandomado de su ejército, muerc.—Conquistas de Constantino sobre los frances.—Su matrimonio con Fausta, hija de Maximiano.—Galerio viene à Italia à combatir à Magencio.—Tiene que huir.—Maximiano quiere destronar à su propio hijo Magencio.—Retirase al lado de Constantino.—Nombramiento de Licimio para Augusto.—Mártires en el Oriente por los celicios de Maximiano Daia.—La gerarquía y la autoridad de la Iglesia inalterable en medio de la persecucion.

Elevado á la dignidad de Augusto, Constancio, habia pedido immediatamente su hijo á Galerio; pero el pérfido emperador, demasiado cobarde para deshacerse de él abiertamente, lo esponia continuamente á los mas grandes peligros, esperando así verse libre de un rival que ya divisaba en lontananza, mucho mas terrible para él que su padre.

La Providencia, que tenia grandes designios sobre el jóven Constantino, lo saca libre de todas las terribles pruebas á que lo somete el bárbaro Galerio. Siempre victorioso, cada dia adquiere mas y mas el afecto de los soldados.

Constancio insistia de la manera mas urgente y apremiante para que le devolviesen su hijo. No podia Galerio negárselo sin romper abiertamente con el; veia escapársele de las manos el jóven que un secreto presentimiento le anuuciaba que acumularia un die toda la autoridad del imperio sobre su cabeza. Permítele marchar, previniendo antes pérfidamente á Severo, que disponga una emboseada en las provincias de la Italia; empero Constantino, tan sagaz como valiente, desconicierta sus planes marchando un dia antes de lo que habia calculado su enemigo.

y haciendo mutilar los caballos de la posta en todas las partes por donde pasa, logrando llegar á la Gran Bretaña pocos dias antes de que su padre exhalase el último suspiro.

El dia mismo de la muerte de Constancio, aquel, á quien Galerio no habia querido nombrar César un año antes, fué saludado Augusto por las aclamaciones unánimes de su ejército. El primer paso de Constantino fué pedir á Galerio la confirmacion de lo que sus soldados habian proclamado. Envió, segun el ceremonial establecido entonces, su retrato coronado de laurel; pero Galerio estuvo á punto de hacer quemar el retrato en el primer movimiento de ira, y degollar al que lo habia traide; la reflexion, sin embargo, le hizo conocer que el jóven principe, reconocido y querido en la estension de los países que habian obedecido á su padre; amado aun de las mismas tropas que redeaban á Galerio, podia hacerle vacilar en su trono. Entonces confiere á Severo el título de Augusto, vacante por la muerte de Constancio Cloro, y envia la púrpura á Constantino, ordenándole que se contente con el nombre y los honores de César. Constantino, con una moderacion admirable, baja sin murmurar desde el segundo puesto del imperio al cuarto, el año 306.

La guerra civil debia estallar por otro punto. En el momento en que el hijo de Constancio Cloro sucedia à su padre, y señalaba su advenimiento al poder por un decreto volviendo à los cristianos el libre ejercicio de su religion, en Roma estallaba una revolucion que debia cambiar la faz de las cosas y manifestar à los ojos de todo el mundo los impenetrables designos del Altísimo.

Magencio, hijo de Maximiano y verno de Galerio, descontento ya por no haber sido nombrado César, se enfurece al saber el nombraniento de Constantino, y aprovecha el momento de una irritacion general que reinaba en aquella gran ciudad, por la tiranía y el rigor con que se verificaba la estadística y el censo de los bienes, decretado por Galerio. Habiale sido muy duro ver á Severo y á Maximino, preferidos á un hijo y yerno de emperadores, como él; y estimulado por su padre, que desde el fondo de la Lucania se veia con pesar privado de la púrpura imperial, gana las cehortes pretorianas y se hace proclamar emperador por el pueblo romano, fatigado y oprimido por la tiranía de Galerio.

La poblacion cristiana era numerosisima en Roma; y el nuevo Cesar, que debia ser despues el mas impio y atroz de los tiranos, finge al pronto favorecerles, y afecta en sus sentimientos la conducta mas dulce y humana.

Melquiades, sacerdote entônces de la Iglesia romana, y papa despues, recibió cartas del emperador Magencio para que se devolviesen a los cristianos las tierras que les habian sido arrebatadas durante la persecución.

Magencio hizo matar los genorales que mandaban en Roma en nombre

de Galerio, y fué recibido por el pueblo como un libertador.

A la noticia de la usurpacion de Magencio (307), Severo, que se hallaba ausente de Roma, ocupado en las provincias de la alta Italia, marcha contra di; pero sus tropas se hallaban mal dispuestas à seguirle; habian militado bajo las órdenes de Maximiano Hércules, y por consiguiente eran adictas al hijo de este príncipe, que apoyándose en su padre, le llama á participar con el de la soberanía.

El viejo emperador sale apresuradamente de su retiro; toma la púrpura como colega de su hijo, y marcha al encuentro de Severo. Las legiones de éste le abandonan, y sin recursos se ve precisado à huir y encerrarse en Rávena. Alli podia sostenerse largo tiempo esperando el socorro de Galerio; pero Maximiano recurre à la perfidia, y persuade à Severo, crédulo y timido, à que se entregue en sus manos. Sus soldados vienen à aumentar las filas de Magencio, que faltando à la fe jurada por su padre, hace morir à su rival Severo, concediéndole la elección de muerte, haciéndose éste abrir las venas.

Maximiano, libre de Severo, teme aún à Galerio, y quiere procurarse un apoyo contra él, aliandose estrechamente con Constantino, que no amaba tampoco à Galerio, que tantos motivos de queja podia tener de él, que habia comenzado tan brillantemente su imperio concediendo la paz á los cristianos, y que habia rechazado las correrias de los francos que infestaban las Galias, en las que pensó establecerse.

Constantino somete las Galias con la rapidez del rayo; y desplega una severidad inaudita para reducir con ella á las naciones germanicas á un

forzado reposo.

Maximiano va à cheontrarle à las Galias y le persuade à casarse con su hija Pausta, debiendo ser este matrimonio cutre ellos la prenda de ma allanza que parecia deber ser diradera; al mismo tiempo Maximiano, de su propia autoridad, confiere à su yerno Constantino el nombre y clrango de Augusto. Constantino lo acepta, contando que el nombra miento de Maximiano era un título incontrastable y mas fuerte que la proclamación de sus soldados, despues de la muerte de su padre. No fué sin embargo, reconocido por Galorio sino al año siguiente.

Mientras que esto pasaba en las Galias, corria Galerio precipitadamente, a la Italia para vengar el trágico fin de Severo, y á la cabeza de un numeroso ejército marcha sobre Roma, sediento de venganza; empero sus tropas jamas habian visto à Roma. El nombre de esta era sagrado para los ejércitos, que se consideraban siempre como romanos, y cuando las legiones pudieron medir la estension de la eindad que iban à atacar, titubean, vacitan, ganados en gran parte por el oro de Maximiano; legiones enteras desertan de su carmo y masan al de Masencio.

Galerio se ve entonces en una posicion semejante á la de Severo, y teme igual desastre. Su orgulo cede, ruega, suplica á los soldados que le quedan no le abandonen y les corten à todos en su retirada, y se aleja de la ciudad de Roma sin haber sacado su espada ni tentado la fortuna del combate.

Galerio, en su retirada, saquea, tala todo el país que recorre, no hay esceso que no permita á sus soldados; volviendo á sus provincias cargado de riqueza, con la vergüenza de ver frustrada su empresa y disminuidas considerablemente sus fuerzas.

Magencio, tan cobarde como artificioso, se contenta con verse libre del peligro, y deja retirarse a Galerio con toda libertad.

Magencio, libre de todo temor, ébrio en su prosperidad, se entrega à todos los vicios de la tirania. Miraba como patrimonio suvo los bienes de los ciudadanos y el honor de las mugeres, y ejercia todas sus violen-

cias con una plena seguridad.

Los cristianos, á quienes habia contemplado en momentos de necesidad, sufrieron tambien; y el martirologio romano cita bajo el imperio de Magencio muchos mártires, sin duda porque los antiguos edictos no habian sido retirados, si bien Magencio no publicó otros nuevos.

Maximiano, emperador sin Estados, era demasiado orgulloso para contentarse con un vano título, y resuelve despojar á su hijo de la púrpura. Habla á sus soldados, convoca una asamblea del pueblo, y allí menciona los desórdenes del gobierno de su hijo Magencio, que se hallaba presente; lo declara indigno del imperio y le arranca él mismo de los hombros la púrpura imperial.

Maximiano habia tomado mal sus medidas; Magencio encuentra apovo en sus soldados, que toman abiertamente su partido contra un padre desnaturalizado, contra un viejo turbulento, que no habia podido ni guardar el imperio cuando lo poseia, ni contentarse con la solitaria vida a que se haba reducido, queriendo tomar por un crimen horrible lo que habia abandonado por indolencia ó por debilidad.

Maximiano corre riesgo en su misma persona, y se ve obligado á buscar su salvacion en la huida, viéndose arrojado de Roma como en otro

tiempo Tarquino el Soberbio.

Confuso, desesperado; empero siempre ambicioso, viene á las Galias cerca de Constantino su yerno, à quien trata inutilmente de comunicar su furor. Recurre a Galerio, enemigo implacable de su hijo, y no lo encuentra mas dispuesto que Constantino. Ensaya seducir à Diocleciano, retirado á la vida privada en los jardines de Salone, y todo el fruto de sus correrías aventureras, es presenciar con despecho el nombramiento de Licinio para Augusto en lugar de Severo, nombramiento hecho en Carnontha, en la Panonia, Licinio, el amigo íntimo de Galerio, su compatriota, que le habia hecho grandes servicios en la guerra contra Narsés, rey de Persia; alma feroz, que llevó sobre el trono todos los defectos de un nacimiento rústico y de una educacion grosera, aunque se atribuyese cierta especie de nobleza, reputándose descendiente del emperador Felipe, lo que no hacia mas que añadir á la bajeza de su origen, lo ridículo de su vanidad!

Entonces el imperio se encontró gobernado por seis príncipes á la vez. Maximiano, Galerio, Maximino Daia, Constantino, Magencio y Licinio; de esta nueva posicion del imperio debian resultar, en muy pocos años, los grandes sucesos que debian aniquilar á los perseguidores

del cristianismo, hasta en su última generacion.

Mientras estos graves acontecimientos sucedieron en el Occidente, Galerio se hallaba sin inquietud con respecto á lo que pasaba en Oriente con los cristianos. A merced de estas agitaciones respiraban en Occidente, mientras que en Oriente continuaba vertiéndose la sangre generosa de los defensores de Jesucristo.

Phileas, que despues de haber ecupado dignamente los principales puestos de su pais, habia dejado los honores del siglo para consagrarse al servicio de Dios, habia sido nombrado obispo de la ciudad de Tmuis. Conducido delante de Pulciano, gobernador de ella, rehusa sacrificar á los dioses, y sostiene una animada polémica con él, en la que le prueba las verdades de la religion.

Philóromo, uno de los que se hallaban presentes, viendo al santo obispo rechazar tan dignamente las instigaciones del juez, y resistir a los lamentos de sus parientes, se dirige al juez para que no moleste mas al martir v se declara cristiano como él, siendo entrambos condenados á morir por una misma espada. Nada habia podido conseguir el juez pagano, hombre muy entendido en la filosofia; pero confundido por el cristiano, su último argumento fué el de siempre, la muerte!

Paregorio fué degollado en la ciudad de Patara, por haber confesado

la fe de Jesucristo.

El procónsul Lolio ordena celebrar un sacrificio á todos los habitantes de esta ciudad en honor de la Fortuna. Leon, en lugar de asistir al templo, fué à orar à la tumba que encerraba las reliquias de Paregorio. Al volver, y pasar por delante del templo, su aire grave y modesto y la sencillez de sus vestidos, le hacen reconocer por un cristiano. Conducido delante del procónsul confiesa su fe; se pone tranquilamente á esplicar el Evangelio de Jesucristo; pero los judíos y los gentiles le interrumpen con grandes gritos, y hacen que el procónsul le mande callar.

El generoso mártir es entonces entregado á los verdugos, que lo tien-

den en el ecúleo y le desgarran el cuerpo á azotes.

El proconsul le ofrece nuevamente el perden, y le hace las mas lisonjeras promesas para que se aparte de la fe; resiste las insinuaciones para abandonarla, y es condenado á ser arrastrado de los pies por las calles de la ciudad, y arrojado al rio desde lo alto de una empinada roca.

En Antioquía, una jóven hermosa y bella, Pelagia, vivia en un retiro profundo, consagrada á la oracion y al amor de su divino Esposo. Un tropel de soldados enviados por el juez para conducirla al tribunal, llama á su puerta, abre, y sabiendo que va á ser conducida al tribunal, pide permiso á los soldados para cambiar de vestidos; aprovechándose de esta concesion, sube rápidamente á la parte mas elevada de su casa, y se precipita por una ventana, no dejando á los que habian venido á apoderarse de ella, mas que su cuerpo ensangrentado é inanimado.

Esta acción, que hemos visto repetida en algunas otras mártires, no era para evitar los suplicios, que sufrian con una paciencia heróica, sino que la ejecutaban aconsejadas por el Espíritu Santo, para salvar su pureza de los ultrajes brutales, mas terribles que la tortura y que la

Julian padece en Cilicia los mayores tormentos, siendo paseado por toda la provincia cargado de cadenas, y renovándose para el la invencion bárbara que Urbano habia en otro tiempo adoptado para uno de los mártires de la Palestina, de coserle en un saco con animales venenosos y ar-

rojarle al mar.

Gordio, centurion de los ejércitos imperiales, habia huido de la ciudad, abandonando sus bienes, sus esclavos, sus parientes y todas las esperanzas de la vida, y ocultadose en un lugar desierto y salvage, donde se ejercitó largo tiempo en la oracion, los ayunos y la meditacion de las Santas Escrituras. Un dia que la ciudad celebra un sacrificio en honor del dios Marte, Gordio se presenta osado en la arena del circo donde había carrera de caballos; anúnciase como cristiano, y sus palabras atraen la admiracion universal, viéndole con su barba erizada, sus cabellos en desórden, su cuerpo seco y ennegrecido por el sol, hecho añicos su vestido, y con un undoso baston en la mano. Apenas lo reconecen, un grito se levanta de todas las partes del circo, los cristianos de alegría, los paganos de furor. Gordio es conducido delante del tribunal del gobernador, donde resiste à las promesas, à las seducciones y à los ruegos de su familia; el gobernador lo condena à ser degollado, dando para hacerlo su

propia espada al verdugo.

En la misma ciudad de Cesarea, un cristiano llamado Barlaan, simple pastor, ignorante, rudo en su lenguaje, pero de una fortaleza heróica, es obligado por el juez, despues de sufrir crueles tormentos, á ser llevado al altar donde ardia el fuego destinado para los sacrificios, llenándole la mano de incienso para forzarle á verterlo sobre el ara, porque el calor del fuego le obligaria à retirarla y abrirla, y así se figuraria haberse ofrecido un sacrificio á los idolos. Barlaan, sin embargo, tiene su mano inmóvil sobre el brasero cual si fuese de bronce, y la deja abrasar y consumir enteramente.

En Cesarea perecen tambien en la hoguera las virgenes Drosis y Julita, la que es menester no confundir con la virgen Julita de Tarsis.

En el Ponto, los gobernadores demuestran la mayor barbarie en atormentar à los mártires. Focas, natural de Sinope, ciudad del Ponto, ya célebre en la antigüedad por haber sido la patria de muchos personages famosos, como Diógenes el Cínico, Estrabon y Aquila, presenta en su martirio un ejemplo heróico, de que en vano se buscaria otro igual fuera del eristianismo:

Todo su patrimonio se reducia á un pequeño jardin situado á la entrada del istmo. Su casa era un hospicio abierto á cuantos le envisba la Providencia. Su oscuridad no hasta á satyarle del furor de la persecucion. Manda el gobernador soldados para que lo busquen y lo maten donde quiera que lo hallen. Los soldados destinados á darle muerte llegan á su casa y le piden hospitalidad. Recibelos con el mayor amor, y no conociéndole, le dicen el objeto de su mision. Focas podia buir sin inconveniente ninguno; empero les pide un dia, manifestándoles que conoce al que buscan y que lo entregará. Entonces abre el mismo en la tierra su fosa y prepara todo lo necesario para su muerte. Se spresenta á los asesinos y les dice: "Yo soy Focas, á quien buscais; obedeced la orden que se os ha dado."

Los soldados quedan inmóviles, rehusan manchar sus manos con la sangre de aquel hombre que con tanto cariño los habia recibido un dia antes; empero el mártir les suplica, y les manifiesta que ellos no son mas que el instrumento de su gobernador. Entonces aquellos hombres groseros, para quienes la disciplina militar era la primera de las leyes cortan la cabeza del que tan generosamente les habia dado hospitalidad.

Focas es uno de los santos mas célebres del Oriente; y su nombre es invocado por los que na regan sobre el Ponto Euxino.

Teodoro, simple soldado de las legiones del imperio, habia venido á pasar el invierno á Amases, metrópoli de la provincia del Ponto; y acusado de ser cristiano, es conducido al tribunal, en el que se burla de las insimuaciones de los jueces. Afectando éstos tratarle con dulzura é indulgueia, en vez de conducirle à la prision le conceden un plazo para que

reflexione sobre su locura y vuelva á mejores sentimientos. Aprovecha los momentos de libertad que le dan para poner fuego al templo de Cibeles, que se hallaba sobre la orilla del rio; y conducido muevamente al tribunal, confissa lo que acaba de hacer, siendo, en consecuencia, cruelmente atormentado y condenado al fuego.

Patricio, obispo de Prusa en Bithinia, sufre el martirio y entrega su cabeza al verdugo por no querer sacrificar a Esculapio, a quien el proconsul Julio habia hecho ofreser un sacrificio, agradecido a la safud que habia recobrado en los baños calientes de aquella ciudad, cuyo prodigio atribuia à su falso dios y no a un fenomeno físico y natural.

Patricio, no menos religioso que instruido, desarrolla ya en aquel entonces las mismas teorías que hoy la ciencia moderna, tan orgulosa de sus descubrimientos, proclama sobre el mundo físico, haciéndole ver que horadando la tierra hasta la profundidad de sus entrañas, para arrancar-le sus últimos secretos, se encuentran en ella séres organizados, le demostró la existencia del fuego que ocupaba el centro de la tierra, ese fuego central que ha sido hasta el siglo XVIII un problema, y que es ya una verdad para los fisicos mas eminentes del siglo XIX. Fueron sus compañeros de martirio, Arcadio, Menandro y Policno, los tres sucerdates

La violencia de la persecucion en las provincias de Oriente, hace que muchos cristianos abandonen las ciudades y busquen un refugio en los desiertos. De este número son el padre y la madre de Basilio, que despues fué una lumbrera de la Iglesia, siendo obispo de Cesarca. Sepulfáronse en los bosques del Ponto, siendo seguidos de un pequeño número de esclavos; y allí pasaron siete años, del 306 al 313, espuestos á la intemperie de los elementos, á las necesidades y á el hambre.

Una ilustre virgen, Eufemia, sufrió tambien en 307 el martirio en Calcedonia. Los soldados la arrastraron delante del juez, que viéndola firme en la fe, mandó á los verdugos que la quebrasen las quijadas; y conducida despues á la prision, vió mientras oraba, una luz luminosa en el cielo, que la animó y confortó para sufrir el martirio, que recibió en medio de la hocuera.

En Roma se alzó, en tiempo de Gregorio el Grande, una iglesia bajo su advocacion; cuatro la levantaron los griegos en Constantinopla; y una magnifica basfilea sobre su sepulero en un barrio de Calcedonia, sobre el sitio mismo en que sufrió el martirio. En la nave de esta iglesia se celebró el cuarto concilio general; y San Asterio, obispo de Amases, pronunció en el séptimo su elogio.

En las provincias del Danubio, de que Galerio se habia reservado el gobierno, la sangre de los mártires corre abundantemente.

En la ciudad de Sirmio, Sereno, jardinero, griego de nacimiento, niega la entrada en su jardin á una muger noble y distinguida que quiso entar en él para una cita amorosa, la arroja del jardin, y denuuciado por el marido de ella por haberla ofendido, conducido delante del juez, manifiesta en el curso del proceso que es cristiano; é irritado el gobernador, viendo que habia podido sustraerse, ccultándose á las órdenes de los emperadores y que rehusaba sacrificar á los dioses, lo manda degollar el 23 de Febrero del mismo año (307).

Quirino, obispo de Sirícia en la alta Pannonia, habia huido en los momentos de la persecución; empero arrestado en su fuga, es conducido ante el gobernador Máximo, que emplea en vano las súplicas y las amenazas, que en vano le muestra los instrumentos de la tortura que estaban preparados, y que en vano desciende hasta hacerle la propuesta de que una aparente sumision le dejaria libre de guardar sus creencias y le restituiria la libertad: à todo resiste el santo obispo, resuelto à ofrecer à Dios el sacrificio de su vida. Conducido à la prision, sus palabras convierten à su carcelero Marcelo, que recibe de sus manos el bautismo.

Tres dias despues, Máximo envia Quirino à Amancio, gobernador de la primera Pannonia, para que lo juzgue en última apelacion. Cargado de cadenas es llevado por todas las ciudades de las riberas del Danubio, recibiendo en todas partes los respetos de los fieles. Amancio lo condenó à ser arrojado al rio con una enorme piedra atada al cuello, consumando su martirio el 4 de Junio del año 309. Los fieles pudieron recoger sus reliquias, que fueron trasportadas de la Pannonia à Roma, y de Roma à

la Alemania, á la célebre abadía de Fulda.

La Iglesia, en medio de la persecucion, en medio de las convulsiones inseparables de las guerras civiles, que habia producido la ambicion de los emperadores, en medio de la cruda tormenta que la agitaba, conservaba siempre su misma autoridad, su gerarquía permanecia inalterable, y se observaban reverentemente sus leyes y cus castigos canónicos contra los cristianos prevaricadores. La persecucion habia hecho muchos mártires; pero tambien habia ocasionado apostasias que habian llenado de luto y de dolor la Iglesia de Díos. Los que habian entregado las Escrituras Santas, á quienes la Iglesia reputaba como traidores: los que habian adorado á los ídolos, aunque solo fitese por debilidad, eran rigorosamente castigados. El concilio de Elvira resolvió, que aun en el artículo de la muerte, la comunion Eucarística, signo de la reconcilición perfecta, no se concediese á actos.

La hora de la persecucion iba á pasar. Dios en su infinita misericordia iba á juzgar ya bastante depurada la religion establecida por su Hijo y á hacer que saliese de las catacumbas y de los subterrâneos, donde habia vivido la mayor parte de tres siglos, para dominar el mundo y esparçir en él con sus benéficos rayos la libertad y la civilizacion!



Capitulo XVII.

Maximiano vuelve à las Galias.—Abdica por segunda vez el imperio.—Maximino se declara Augusto.—Maximiano toma por tercera vez la púrpura rebelándose contra Constantino.—Es vencido per éste.—Intenta Maximiano asesiara à Constantino.—La justicia de Dios contra los perseguidores de su Iglesia.—Maximiano mucre aborcado.—Violencias de Galerio contra sus stáditos y los cristianos.—Horrible enfermedad de que se ve atacado.—Galerio da un edicto para hacer cesar la persecucion de la Iglesia.—Su muerte.—Curato emperadores ocupan el imperio.—Crueldades de Maxemino Daia en Orieste.—A pesar de los edictos de Galerio, continúa la persecucion contra la Iglesia en sus Estados.—Mártires de Egipto.—Mártires de Asia.—Mártires en las minas.

307 al 310.—La mano de Dios, suspendida sobre los perseguidores de su Iglesia, iba á caer sobre ellos, y á asombrar al mundo con su castigo. Maximiano es la primera víctima señalada por la colera divina; Maximiano, que no contento con el mero título de emperador, lo habia abandonado para salir de Roma, donde su hijo Magencio era el soberano, y que habia vuelto á las Galias, al lado de Constantino, no para gozar en su corte el reposo de una honrosa vejez, sino para conspirar contra él y arrebatarle el poder!

Para adormecer la tranquilidad de su yerno, manifiesta Maximiano la mayor moderacion, y abandona segunda vez la patpura imperial, pretendiendo así ponerse al abrigo de toda sospecha y trabajar con mas se-

guridad en levantar su fortuna.

Constantino rodea á su suegro de una opulencia imperial en su condicion privada; le manifiesta la mayor deferencia, toma sus consejos, estudia sus voluntades, y se reserva únicamente para si los honores y el rango supremo, dejándole á el el pode. Semejante conducta nada puede, sin embargo, con el alma cruel de Maximiano. En tanto, Maximino en el Oriente se hace declarar Augusto, alegando la antigüedad de su título de César; y Galerio expía de este modo la ingratitud que había manifestado á Diocleciano y á Maximiano; la expía con la ingratitud de Maximino, á quien había socado del polvo y con cuya ciego obediencia había contado! Galerio cedió, y consintió que el nombre y los honores de Augusto fuesen comunes á los cuatro principes: él, Licinio, Maximino y Constantino; Magencio era siempre considerado como un rebelde, cemo un tirano.

Constantino sostiene cada dia mas la reputacion de su valor, y nuevos triunfos contra los francos coronan su frente de laurel; empero mientras que el jóven emperador, seguido de un corto cuerpo de sus tropas, como le había aconsejado el pérfido Maximiano, marchaba contra los bárbaros, dispuesto á someter la rebelion de las naciones germánicas, Maximiano, contando con las tropas que Constantino dejoba en las Galias en la inaccion, y que solo podia contener la presencia de su principe, se proclama à sí mismo emperador, y toma por tercera vez la púrpura en la Pro-

Constantino era amado por su ejército; vuelve rápidamente; se presenta defante de su rebelde advessario, que se habia refugiado on Marsella, penetran sus tropas en la ciudad, y Maximiano es llevado a los pies de su rencedor, que se contenta con reprenderle su negra ingratitud, y le deja la vida por respeto a los vincellos de afinidad que le unen á éj; despoja al desgraciado anciano de la púrpura imperial, y lo retiene cerca de su persona.

Maximiano permanece avorgonzado y al parecer tranquilo, todo el año 309, en el que habia cometido su rebelion; pero la tranquilidad era para el un estado violento.

Al año siguiente 310 trama una nueva traicion, mas negra, mas indigna que la precedente, y que le acarrea la muerte.

Indigno del perdon que le habia concedido Constantino, medita el asesinato del que le perdono, y solicita de su hija Fausta, que entregue á su marido Constantino á sus furores. Con súplicas, con caricias, con lisonjeras promesas, trata de obligarla a que deje abierta durante la noche la camara en donde dormia el emperador, separando las guardias. Terrible es el compromiso de Fausta, teme por una parte la colera de su padre, y por otra está resuelta á no hacer traicion á su marido; promete hacer lo que le propone Maximiano, y da cuenta de todo á Constantino. Para convencerse de tanta iniquidad, dispone el emperador que un eunuco, á quien importaba poco sacrificar, ocupeel regio lecho, y con afectado descuido se dejan libres las puertas de la cámara al paso de un asesino. En el silencio de la noche se levanta Maximiano, ve la guardia dormida, v no duda que Fausta le ha cumplido su palabra; se adelanta, se acerca al lecho, mata al que en él se hallaba dormido, y creyendo haber inmolado á Constantino, se entregaba ya á trasportes de loca alegría, cuando Constantino se presenta á su vista rodeado de gente armada. Grande fué la consternacion del culpable, y una rabia muda le dejó inmóvil, no habia defensa para él, ne podia esperar el perdon. Constantino juzgó ser bastante generoso dejándole libre la elección de su muerte, y Maximiano terminó, ahogándose con una cuerda, una existencia manchada de crimenes, y la atroz persecucion del cristianismo! Pereció en Marsella á la edad de 60 años.

De los perseguidores de la Iglesia, Maximiano es el primero que sube al cadalso de la justicia divina. Maximiano habia sido el primero de los perseguidores, mucho tiempo antes del edicto de Diocleciano, que habia hecho una ley de la persecucion; de consiguiente, el debia ser tambien el primero que esperimentase todas las señales de la venganza divina!

Llegaba su vez al infame Galerio. El habia sido el principal autor de la guerra solemnemente declarada à los cristianos; el habia arrancado à Diocleciano los edictos de proscripcion; Dios iba à castigarle por si mismo sin emplear el ministerio de los hombres.

Desde el principio del año 310 se ocupaba en las fiestas del vigésimo año de su reinado, que se proponia celebrar con una pompa inusitada, con una magnificencia deslumbiradora; y como si los regocijos del soberano debieran ser la desgracia de los pueblos, no hubo violencia á que no se entregase para reunir las sumas immensas que necesitaba, á fin de ponerse en estado de hacer admirar la magnificencia de sus vicemnales. Las contribuciones se exigian con una crueldad bárbara; el oro, la plata, las piedras preciosas para la decoración de los espectáculos, cran arrancadas al pueblo á quien Galerio arruinaba por una frivola diversion; los cristianos tenian ademas que sufrir la persecución violenta que duraba haca siete años.

Dios venga las injurias que les hace este implacable enemigo de su culto, hiriéndole de una llaga incurable, que le consume, que le devora, que abriendose y cerrândose sin cesar, engendra la podredumbre, la gangrena y los gusanos, cuyos estragos nada puede detener, y que por la infeccion que esparee par todas partes, es un objeto de horror y de terror, no solamente para los servidores que le rodean, simo para toda la ciudad de Sardica, en donde se hallaba. Los médicos mas hábiles dieron llamados de todas las partes del imperio, y su arte es impotente para aliviarle. Los dolores que sufre el desgraciado principe son increibles, y estos dolores exaltan la barbarie de su carácter. Por recompensa de los servicios que los médicos y circujanos le prestan, hace morir á muchos de ellos, y continúa la persecucion contra los cristianos con el mayor fuor.

Un médico, que prevé la misma suerte que sus antecesores, se aventura à decirle que no hay remedio humano para él; que el Dios de los cristianos, à quienes perseguia hacia tau largo tiempo, era su soio recurso.

Galerio no puede relusar esta creencia, que la violencia de sus males autorizaba. Nievo Antioco, parece reconocer la mano que pesa sobre el; siente una especie de arrepontimiento; empero menos vivo y menos sincero que el de aquel antigno criminal, su orgulto no le permitia reconocer plenamente sus errores, y en medio de sus indecibles dolores, esclama que restablecerá el templo del verdadero Dios, y hace dar en su nombre, y en el de Licinio y Constantino, un edicto que es el que pone fin à la persecucion.

He aquí cuáles eran los términos de este edicto:

"Entre los cuidados continuos que tomamos por la causa pública,

habiamos querido desde luego restablecer las antiguas leyes romanas, y hacer de suerte que los cristianos volvieran á la religion de sus antepasados, que habian abandonado, porque se hallaban de tal suerte apegados á ciertas doctrinas, que olvidando las antiguas máximas, hacian leyes segun su fantasía, y en muchos sitios arrastraban los pueblos á seguir su ejemplo. Por un efecto de las ordenanzas que habiamos promulgado para atraerlos, ha sucedido que muchos han estado en peligro, que otros han perecido efectivamente, y la mayor parte, tercamente apegados á sus creencias, no dan á los dioses el culto que les es debido; y no pudiendo dispensarnos, teniendo en consideracion nuestra clemencia y la costumbre que hemos siempre observado, de mostrarnos indulgentes para todos los hombres, hemos creido deber estender sobre ellos esta indulgencia, á fin de que puedan practicar su culto como antes, y restablecer los lugares de sus asambleas, todo bajo la condicion de que no harán nada contra el órden establecido. Ademas, haremos saber á los jueces por un segundo rescripto, las reglas que los cristianos deberán observar. Estarán obligados, despues de este favor que les concedemos, á rogar á su Dios por nuestra salud, por el Estado, por ellos mismos, á fin de que la causa pública prospere en todas partes y puedan ellos vivir en seguridad en sus casas."

Este edicto, publicado en latin en Sardica y traducido en griego para el Oriente, fué publicado en toda el Asia y en las provincias cercanas, particularmente en Nicomedia, el último dia de Abril, bajo el octavo consulado de Galerio y el segundo de Maximino Daia, el año de 311.

¡Cuán diferente es esta declaracion, de una confesion lisa y llana de la injusticia de la persecucion! El mal arrancaba á Galerio una mudanza de conducta; empero no podia forzarle à condenar lo que habia hecho. Sin embargo, resultó un gran bien; las iglesias gozaron de la paz; los particulares que se hallaban detenidos en las prisiones, recobraron la libertad; los templos del verdadero Dios volvieron á alzarse; pero Galerio no merecia recompensa, por una paz acordada en fuerza de los dolores que le mandaba la verganza divina.

El edicto fué promulgado en Nicomedia el 30 de Abril, y el emperador murió al dia siguiente en Sardica, capital de la Dacia, su país natal. Al morir reconiendo Valeria su muger y Prisca su madre, á Licinio.

Galerio es la segunda victima que Dios hace subir al ca lalso de su justicia! Galerio, ingrato con Diocleciano, injusto con Constantino, tránico con los pueblos y sangriento perseguidor de los cristianos, habia reinado diez y nueve años, dos meses y algunos dias, á contar desde que fué nombrado Augusto.

Inmediatamente Maximino corre desde el Oriente, para apoderarse de las provincias vacantes por la muerte de Galerio. Licinio se presenta para defendelas, y acampados los dos en las dos orillas del Berforo de Tracia, el uno en la parte de la Europa y el otro en la parte del Asia, los dos rivales se observan, se temen, se amenazan mútuamente y hacen finalmente un arreglo, que termina sus querellas, cediendo Licinio á su compañero, lo que mas diligente que el había ya invadido, agregândole el Asia al Oriente y al Egipto, y quedândose el pacifico poseedor de la Iliria, á que se le reune la Tracia, la Macedonia y la Grecia.

Cuatro principes ocuparon entonces el imperie: Constantino, Licinio y

Maximino, disputándose entre sí la preeminencia. Reinaba el primero en las Galias, en la España y en la Gran Bretaña; el segundo en toda la Iliria, y el tercero en el Asia, el Oriente y el Egipto. El centro del imperio, es decir, la Italia y el Africa, sa hallaban en poder de Magencio, á quien no reconocian los otros tres príncipes, y á quien trataban como tirano.

Magencio, dueño de la Italia, habia reunido á su dominio el Africa por una victoria conseguida sobre Alejandro, que haciéndose proclamar allí emperador, habia reinado durante tres años. Alejandro, combatido por los generales que manda Magencio, fué derrotado, hecho prisionero y estrangulado.

Magencio vencedor, abusa de la fortuna con toda la crueldad de una alma baja; arruina el África con pesquisas tiránicas, de que la rebelion de Alejandro era el pretesto. Los delatores hallaron un campo abierto, para acusar de haber favorecido á este rebelde, a los que por su nacimiento y por sus riquezas escitaban la envidia del tirano. Ninguno fue perdonado; muchos perecieron, y los menos maltratados, sufrieron la confiscación. Hasta queria en su furor Magencio, destruir la ciudad de Cartago, y hubiera saciado su furor contra esta ciudad desgraciada, como lo sació contra Cirtha en Numidia, que fue enteramente destruida, y reparada mas tarde bajo el nombre de Constantina, por el emperador de este nombre, si no hubiese sido porque la guerra contra Constantina, le pareció mucho mas importante que el empeño de destuir aquella ciudad.

Libre Magencio de su rival Alejandro, hizo cesar la persecucion; empero tambien como por una suerte de compensacion, se entregó á toda clase de desórdenes en la Roma y en Italia, añadiendo á sus desórdenes la cobardía, la timidez, y un embotamiento de pereza y vergonzosa inaccion, porque apenas salia de su palacio sino raras veces, para dar un corto paseo en sus jardines, y bajo sus pórticos de mármol. Creiase el solo el emperador, y que los demas príncipes eran sus tenientes, que combatian por él sobre las fronteras.

Dueño de Roma, quiso dar una idea ventajosa de la dulzura de su gobierno, haciendo cesar la persecucion contra el cristianismo; pero su dulzura en fingida, y ni la religion de sus padres era bastante para contener los estimulos que aguijoneaban su crueldad y sus pasiones. Brutalmente libertino, arrebatabr á los maridos sus esposas, devolviéndolas al dia siguiente deshonradas, y no escoge los objetos para su lascivia en las familias de la plebe, sino que dirige sus ultrajes y sus violencias á las mas eminentes de Roma y á los senadores. Nada satisface el furor de sus deseos, siempre renacientes á medida que se ven satisfechos, y corre de objeto en objeto, sin dejar virtud ni honor seguros.

Estréllase, sin embargo, contra algunas mugeres cristianas, que temian menos la muerte que la pérdida del tesoro de su castidad, y que desafian todas las violencias del tirano.

Sofronia, muger cristiana, casada con uno de los mas ilustres senadores, tiene la desgracia por su hermosura de atraer las miradas de Magencio. Los satélites del tirano se presentan en su casa para conducirla ante el emperador; y el marido, bajo, vil, cobarde, permitia arrebatarle la presa. Pide Sofronia un momento para vestirse de una manera mas elegante, y adórnase, y cuando se ve sola, toma un puñal y lo sepulta en

Roma, que en otro tiempo se habia levantado y arrojado un tirano de su trono, cuando otra casta matrona, Lucrecia, habia traspasado su pecho, huyendo de la violacion de Tarquimo, permanece tranquila; pero Magencio no se corrige, y persiste en su infame tiranfa hasta el fin de su reinado. Abandonó la ciudad de Roma, como una ciudad tomada por asalto, al pillage y la tiranía de sus soldados, haciendo perecer á los senadores y á los mas ricos y principales ciudadanos de Roma, y no apoyándose mas que en sus soldados, é quienes colmaba de riquezas, agotando constas liberalidades las rentas públicas, concediendo á las tropas, como hemos dicho, una plena licencia, que le aseguraba ministros para la ejecución de todas sus violencias, no solamente en Roma, sino en la Italia entera, que se hallaba llena de las victimas de su tiranía.

Pera tan locos gastos no bastaban los recursos del tesoro público; fué preciso agregar las confiscaciones mas injustas.

No faltaba à Magencio, para ser un monstruo completo, sino la impiedad y la mágia, y cuando se preparaba à la guerra contra Constantino, recurre à sacrificios abominables, en los que inmolaba mugeres en cinta y tiernos niños, para penetrar el porvenir en sus entrañas palpitantes, y para apartar con estas desgraciadas é inocentes victimas, los males de que podia verse amenazado.

Horrible, pero verdadero, es el cuadro que hemos trazado de Magencio, parecia imposible sobrepujarle en avaricia, en crueldad y en erimenes, pero en el Oriente habia otro hombre que le superaba en su infamo tirania; este hombre era Maximino Daia. El desenfreno de sus licenciosas pasiones no se satisfacia sino por la violación de todas las leyes divinas y humanas.

Eu su lubricidad monstruosa nada respeta. No perdona ni â la misma emperatriz Valeria, hija de Diocleciano, muger de Galerio, que probablemente à pesar de su edad habria aûn conservado restos de su belleza; y rehusando rendirse à su pasion, la ofrece repudiar à su muger para unirse con ella; pero à su negativa se enfurece el tirano, hace morir sus enucos en los tormentos, confisca sus bienes, y la envia â los desiertos de la Stria con la emperatuz Prisca, su madre.

La hambre y la peste destrozaban sus provincias, y en medio de estos dos azotes del Altísimo, que despoblaban las ciudades y los campos, y que esparcian por todas partes la desolacion, comienza el la persecucion contra los cristianos.

Apenas vuelve del Helesponto, cuando se cree afirmado en el trono por su tratado con Licinio, resuelve quitar á los cristianos la libertad que les concedia el edicto de Galerio. Para revocar este edicto, que había solemnemente dejado promulgar, aparenta con hipocresía verse escitado á ello, y dirige secretamente sus órdenes á las provincias para que le envien diputaciones que le insten, le rueguen y le apremien á que prohiba á los cristianos edificar iglesias en sus recintos, y el gobernador de la ciudad de Antioquia le hace ver los oráculos de Apolo por el que el dios exige que sus enemiges los cristianos sean arrojados de la ciudad y su territorio. De todas las provincias del imperio llegan simultáneamente

ignales demandas y á todas respondió el tirano con rescriptos favorables. Así comenzó la persecución, despues de seis meses de intervalo, desde principios de Mayo hasta fines de Octubre.

Entences comenzaron tambien las calumnias contra los adoradores de Jesucristo. Se sobornaron mugeres prostituidas para que declarasen haber sido cristianas, y amenazadas por el tormento, confesasen, como por temor, que en las asambleas de los cristianos se verificaban grandes abominaciones, renovándose así las acusaciones suscitadas contra el cristianismo en los primeros fiempos! Estas deposiciones redactadas en una forma auténtica, se envian con profusion á todas las provincias; así, a los tormentos contra los cristianos, afadia Maximino las calumnias!

Por una estraña contradiccion, el tirano imita é introduce en el culto de los dioses, que se proponia reanimar, una gerarquia de pontifices y ministros, parecida á la de la Iglesia católica.

Entonces se vieron muchos mártires que ilustraron la fe de Jesucristo. Pedro de Alejandría, que administraba esta iglesia despues de doce años, habiendo pasado nueve de ellos en la persecucion, tan recomendable por su ciencia como por su piedad, que habia sabido mantener con una inflexibilidad santa los cánones de la Iglesia, es arrestado por Maximino en un viage que hace á Alejandría, y sentenciado á muerte sin juicio alguno.

En aquella misma época son martirizados Fausto, Guio y Anonni, sacerdote de su iglesia; Esiquio, Pacomio y Teodoro, que ocupaban las sillas respectivas en la provincia, y un gran número de fieles en el Egipto y en la Palestina.

Entre las victimas de Maximino, es la mas celebre la virgen Catalina, de origen real, de inmensas riquezas, y de una belleza deslumbradora. Maximino la ve y la ama; la posesion de su belleza le preocupa; empero la virgen resiste sus propuestas, y le habla de cosas tan sublimes, con tal elocuencia y profindidad, que esceden á todo lo que habia oido hasta entonces el bárbaro tirano. Incapaz de responder por si mismo, imagina hacer venir á Alejandría los ocho sábios y retóricos mas hábiles de sus provincias, y despues de verlos reunidos presenta en medio de ellos á la virgen cristiana para que diserten con la misma sobre las altas materias de la religion.

El Espíritu Santo habla por boca de Catalina; sus palabras son tan convincentes, sus discursos tienen tanta fuerza, que los sábios se declaran adoradores de Jescuristo, de quien hasta entónece habian blasfermado. Condenados por el tirano 4 ser quemados vivos, marchan valerosamente al suplicio, acompañados por Catalina, que los sostiene hasta el último momento, y que les inspira la constancia de los mártires.

Esta escena singular, que refieren las leyendas autiguas, se halla pintada al fresco por Massaccio, en los muros de la capilla de la iglesia de San Clemente en Roma.

Maximino, cada vez mas enamorado de Catalina, poseido de un violento amor por su belleza, la promete, si quiere sacrificar a los idolos, no solo perdonarla, sino levantarla hasta el rango de emperatriz. "Soy esposa de Jesucristo, le responde, y mi gloria, mi amor, solo el objeto de mis afecciones es cl." Entonces el tirano, inflamado de colera, la hace azotar cruelmente; la arroja en un oscuro calabozo, en donde es visituda por los ángeles, que curan sus llagas, y al presentarse nuevamente delante de Maximino, cuando el la creia estenuada por el hambre, al verla, por el contrario, en todo el brillo de su salud, no puede meuos de conmoverse, y pone en práctica todos los medios que su ardiente pasion le sugiere para poder seducirla.

Despreciada nuevamente por la vírgen su pasion, se convierte ésta en furor, y un suplicio compuesto de cuatro ruedas erizadas de agudisimos clavos, que daban vueltas en sentido inverso unas de otras, debian hacerla mil pedazos; empero al momento de atarla en este cruel suplicio, la máquina se descompone, rómpense las ruedas, y sus pedazos matan á un gran número de asistentes. Entouces el tirano, causado de sostener

una lucha inútil, la condena á ser degollada.

Tales son los detalles que resultan de la leyenda de Catalina, fundada en un hecho histórico. En el noveno siglo se descubrió en el monte Sinat el cuerpo de una jóven que había sido sepulhada de tiempo immemorial, y que se había conservado incorrupto. Los cristianos de aquel lugar reconocieron en ciertos signos que era el cuerpo de un mátitir, y los recuerdos, que no se habían borrado aún, de una vitigen de Alejandría que había perecido en aquellos contornos, les hicieron creer que aquel cuerpo era el suyo, la llamaron Catalina, es decir, pura y sin mancha. Sobre estos recuerdos se compuso la leyenda. El culto de esta santa se esparció bien pronto en toda la iglesia griega. La iglesia latina lo adoptó en el sielo XI

Apolonio, á causa de su santidad estraordinaria, fué elevado al diaconado. En los dias de prueba, visitaba sin cesar á sus hermanos, los exhortaba, los animaba, y muchos de ellos le debieron la corona del martirio. Arrrestado él mismo, los paganos vinieron á insultarle á su prisjon; entre ellos acudió un célebre tocador de flauta llamado Filemon. A sus invectivas, Apolonio respondia con la mayor mansedumbre, rogando á Dios por su conversion; Filemon sintió en el corazon la accion de la gracia divina, se declaró cristiano, y sin perder un momento corre al tribunal del juez, y se presenta delante de todo el pueblo. El juez Ariano le hace esperimentar toda clase de tormentos, y sabiendo que su conversion es efecto de las palabras de Apolonio, llama á este nuevamente á su tribunal, y lo condena con Filemon á la hoguera. Apenas colocados en ella, una nube llena de rocio se estiende sobre los mártires y estingue el fuego. Admirados de este prodigio, el juez y los asistentes esclaman con voz unánime: "¡El Dios de los cristianos es el solo Dios, y el Dios inmortal!" Esto sucedia en la ciudad de Antinans, en Egipto. El prefecto de Alejandría, hombre cruel, elige de entre sus oficiales los mas feroces, y les ordena que conduzcan encadenados á su presencia á los que habían manifestado el poder de Dios, y al juez mismo, á quien el milagro habia convertido.

Durante el viage, Apolonio, por inspiracion divina, instruye en la fe á los que le conducen, y sus palabras son tan convincentes, que al llegar à Alejandría se ofrecen al juez con los prisioneros, confesando que eran cristianos. Estos nuevos convertidos se muestran tan firmes, tan inalterables en la fe, que el prefecto les hiro à todos arrojar en el mar, igno-

rando el impio lo que hacia, porque no fué la muerte, cino el bautismo que dió á los nuevos neófitos. Sus cuerpos fueron recogidos religiosamente por los fieles que allí había conducido la caridad.

En Égipto vivian dos santos, Juliano y Basilisa su muger, que desde el mismo dia de su matrimonio habian hecho voto de continencia. Sus bienes, que eran considerables, los consagraron al socorro de los pobres y de los enfermos, convirtiendo su casa en una especie de hospicio en que recibian separadamente á los hombres y á las mugeres, prodigândoles la mas generosa asistencia. Basilisa presida el hospicio de las mugeres, Juliano, cuya inmeusa caridad le ha valido el sobrenombre glorioso de

el hospitalario, el de los hombres.

Juliano sobrevive muchos años à su digna esposa, que muere en paz. Su ardiente caridad era una continua reprension de los vicios y de la dureza de los paganos, y no podia escapar à los odios de la persecucion. En 313 recibe la corona del martirio en el imperio de Maximino. Con el flueron martirizados Antonio, sacerdote, Anastasio, un niño llamado Celso y Marcionila, su madre. En toda la cristiandad se han levantado iglesias y hospitales bajo la invocacion de San Juliano y Santa Bassilisa.

Treinta y siete servidores de Dios fueron tambien martirizados en esta

última persecucion de Maximino Daia.

Todos eran de un nacimiento ilustre, y divididos en cuatro secciones, se habian repartido las cuatro partes de la provincia para anunciar en ella la palabra de Dios, y llevar en medio de los groseros habitantes de los campos, casi todos idólatras, la luz del Evangelio. En medio de los mayores trabajos, del mas mal trato y de las mayores violencias, se consigraron á esta penosa mision, reconociendo todos por gefe á Paulo, digno por cierto de llevar el nombre del gran apóstol de las naciones, por su ardiente celo y por su caridad inmensa.

Instruido el gobernador de Egipto de los progresos que hacian estos misioneros apostólicos en medio de sus provincias, manda soldados que los arrestera y los hagan comparecer en su presencia. Grande fité su turbación al reconocer que todos ellos pertenecen á las primeras familias del Egipto. Deseoso de salvarlos, emplea la lisonja y las promesas para determinarlos á sacrificar á los dioses. Vanos fueron todos sus esfuerzos, los generosos confesoros le pedian al contrario la muerte; y el tirânico juez, quiso, por lo mismo que formaban varias secciones, que muriesen tambien con varios suplicios. Condena al fuego á los que habian predicado la fe en el Oriente y Mediodía; hizo cortar la cabeza á los que habian llevado la palabra de Dios al Septentrion, y crucificar á los misioneros que fueron á los contornos occidentales.

Entonces San Antonio, à quien hemos visto abandonar la ciudad y retirarse al desierto, vino à Alejandria, deseoso de participar de la corona del martirio, para asistir à los màrtires en los tribunales cuando habian sido condenados y acompañarlos hasta el lugar de la ejecucion. El juez, viendo su firmeza y la de sus compañeros, prohilió que ningun monge osase aparecer ante su tribunal, haciendoles abandonar la ciudad. Algunos se ocultaron; empero Antonio se mostró mas audaz al dia siguiente, presentándose à la vista del juez en el momento en que iba al

tribunal. Su afliccion fué grande por no ser llamado al martirio; pero Dios tenia sobre él otros designios. Cuando el fuego de la persecucion se aplacó, tornó nuevamente à su soledad.

El Asia presenta tambien sus mártires, inmolados por el furor de Maximino Daia. Entre los de la Fenicia vemos á Trinion, obispo de Tiro; Cenobio, sacerdote de Sidon, y Silvano, obispo de Meso, venerable anciano que contaba cuaronta años de episcopado.

Ea Nicomedia, Luciano de Samosaté, sacerdote de la iglesia de Antioquia, célebre à la vez por su ciencia, su elocuencia y su austeridad, es conducido ante el emperador Maximino, que à la sazon se encontradalli, le presenta una apologia de la religion cristiana y es conducido à la prision. Alli resiste la prueba más terrible, el hambre, y para hacérsela mas penosa y terrible, el tirano le hace presentar una opipara mes cubierta de viandas ofrecidas à los idolos. Este espectáculo irrita el hambre que devora al mártir, pero permanece firme. Eutonces el juez, desconcertado, lo atormenta de mil maneras, y espira en el tormento el 7 de Enero del año 312.

Eu Nicomedia perece tambieu San Basiliso, obispo de Comaua.
En Chalcis, en la Tracia, San Methodo, obispo de Olimpo ó de Pathara en la Licia, trasladado despues á Tiro, á consecuencia de la muerte de Trianion, celebre por las obras que dejó escritas.
En la Palestina hubo tambien otros mártires. Pedro Bálsamo, origina-

En la Palestina hubo tambien etros mártires. Pedro Bálsamo, originario de Eleuteropie, es presentado ante el juez Severo, que lo condena á ser crucificado, no pudiendo responder á las elocuentes palabras con que rechaza sus péridas sugestiones.

Las minas se hallaban atestadas de confesores, que Maximino Daia habia hecho mutilar. Un rescripto llega, y ordena que se dividan en varias tropas, de las que una parte fué enviada à la isla de Chipre, otra al monte Libano, y para los que se habian dispersado en los diferentes cantones de la provincia, tienen órden los inspectores de las obras públicas para agobiarlos con trabajos y malos tratamientos. El intendente general juzgó á propósito elegir cuatro de entre ellos, y llevarlos, no ante el gobernador, sino ante el gefe militar. De estos cuatro, Nilo y Peleo eran obispos. Ellas, el tercero, era sacerdote, y el cuarto tenia por nombre Patermuthios: los cuatro rehusaron sacrificar y fueron quemados

Entre los confesores que habian sido distribuidos en los diversos trabajos de las minas, habia varios ancianos y enfermos incapaces de trabajar. En este caso se hallaba el anciano Silvano, obispo de Gaza, á quien es preciso no confundir con San Silvano, obispo de Meso, del que hemos hablado. Estos eran todos los dias molestados y perseguidos.

Entre los egipcios condenados á las minas, se hallaba el admirable Juan, celebre por su gran virtud, y mas aún por su prodigiosa memoria. Habia perdido hacia largo tiempo la vista, y sin embargo, no habian dejado, al tiempo de enviarle á las minas, de arrancarle un ojo y mutilarle como á los demas. Este santo ciego poseia toda la Escritura santa, y la tenia de tal modo grabada en su corazon, que cuando la recitaba y se oia su voz sublime, cualquiera creia que la estaba leyendo. Habiaba como un profeta!

Todos aquellos ancianos venerables, mutilados y enfermos, pasaban sus días y sus noches, aun en medio del rudo trabajo de las minas, en la oración y en el ayuno. Dios les reservaba la corona del martirio, que recibieron siendo degollados todos en número de treinta y nueve, y en un mismo día, por orden del tirano Maximino.

La medida de la tiranta y de la persecucion habia llegado á su colmo!!!



CAPITULO XVIII

Rompimiento entre Magencio y Constantino.—Importancia de esta guerra.—Cruzluminosa en el cielo.—El Labarum.—Conversion de Constantino y so familia-Victorias de Constantino.—Derrota y muerte de Magencio à las puertas de Roma.— Triunfo de Constantino.—Sus edictos en favor de los cristianos.—El papa Silvestre en el palacio de Letran.—Pfundacion de San Juan de Letran, la primera iglesia de la cristiandad.—Arco de Constantino en Roma.—Estatua de Constantino con el Labarum en la mano.—Maximino forzado di Ancer cesar la persecucion en sus Estados.—Fin de la persecucion de Diocleciano.—Entrevista de Constantino y Licinio en Milan.—Casamiento de Lúcinio con Constancia, hermana de aquel.

Dueño Magencio de un ejército formidable, embriagado con su poder, forma el proyecto de destruir, uno despues de otro, à los tres emperadores, que se dividian el dominio del mundo, à quienes en su orgullo llamaba sus tenientes, quiere comenzar por Constantino, con el que, aunque nunca habia estado sinceramente unido, no habia tampoco jamas estado en guerra, pareciendo reconocerse mútuamente, al menos durante cierto tiempo, por colegas.